Alexander von Humboldt

La vida nocturna de los animales en la selva originaria

- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Buchwald Editorial, 2025.

Traducción de: Enrique Salas

Título original: *Das nächtliche Thierleben im Urwald,* 1808

Imagen de tapa: Henri Rousseau, *La selva ecuatorial*, 1909

CC BY-SA 4.0

Alexander von Humboldt

La vida nocturna de los animales en la selva originaria

BUCHWALD EDITORIAL

Cuando la vitalidad del sentimiento de la naturaleza, tan diferente según los pueblos, y cuando las características de las tierras que las naciones habitan actualmente o han recorrido en migraciones pasadas enriquecen las lenguas con palabras más o menos precisas, para describir las formas de las montañas, el estado de la vegetación, el aspecto del cielo, los contornos y la disposición de las nubes, muchas de estas denominaciones se desvían, con el tiempo y por la arbitrariedad literaria, de su significado original. Poco a poco, son considerados equivalentes términos que deberían mantenerse independientes; y así, las lenguas pierden la gracia y la fuerza con las que pueden describir, desde la perspectiva de la naturaleza, el carácter fisiognómico del paisaje.

Para ilustrar la riqueza lingüística que un contacto íntimo con la naturaleza y las necesidades de la dura vida nómade han podido generar, basta con mencionar la multitud de términos específicos en árabe y persa para diferenciar llanuras, estepas y desiertos, según estén completamente desnudos, cubiertos de arena, interrumpidos por formaciones rocosas, incluyan pastizales aislados o presenten extensiones de

plantas gregarias. Igual de llamativa es, en los antiguos dialectos castellanos, la variedad de expresiones para la fisiognomía de las masas montañosas y para las formaciones que, bajo todas las latitudes, se repiten y ya, desde lejos, revelan la naturaleza de la roca.

Dado que poblaciones de origen español habitan las laderas de la cordillera de los Andes, las regiones montañosas de las islas Canarias, las Antillas y Filipinas, y que la configuración del terreno allí condiciona, mucho más que en cualquier otra parte de la Tierra (salvo quizás en el Himalaya y la meseta tibetana), el modo de vida de sus habitantes, los términos para designar las formas de las montañas en regiones de traquita, basalto y pórfido, así como en montañas de esquisto, caliza y arenisca, se han conservado con éxito en el uso cotidiano. Estas nuevas formaciones lingüísticas pasan al acervo común del idioma. El lenguaje humano se anima con todo aquello que apunta a la verdad de la naturaleza: ya sea en la descripción de las impresiones sensoriales recibidas del mundo exterior o de pensamientos profundos y estados emocionales.

El esfuerzo constante por alcanzar esta verdad, tanto en la percepción de los fenómenos como en la elección de términos precisos, es el objetivo de toda descripción de la naturaleza. Y puede alcanzarse con más facilidad mediante la sencillez en el relato de lo observado y vivido por uno mismo, a través de la individualización concreta de la situación a la que está ligada la narración. La generalización de perspectivas físicas y la enumeración de resultados pertenecen a la enseñanza del cosmos, que aún sigue siendo para nosotros una ciencia inductiva; pero la representación vívida de los organismos (animales y plantas) en su relación paisajística y local con la variada superficie terrestre (como una pequeña parte de la vida global en la Tierra) proporciona el material para esa enseñanza. Este enfoque estimula la mente, especialmente cuando permite un tratamiento estético de los grandes fenómenos naturales.

Entre estos últimos, se destaca la inmensa región selvática que, en la zona cálida de Sudamérica, llena las cuencas fluviales conectadas del Orinoco y el Amazonas. Este territorio merece, en el sentido más estricto de la palabra, el nombre de selva originaria,

término que en tiempos recientes ha sido objeto de un uso excesivo y descuidado. Selva originaria [*Urwald*], tiempos primitivos [*Urzeit*] y pueblos originarios [*Urvolk*] son conceptos bastante indefinidos, por lo general, de significado relativo. Si cualquier bosque silvestre, lleno de vegetación densa e intacto, es decir, sin rastro alguno de la mano destructiva del ser humano, debe llamarse selva originaria, entonces este fenómeno es propio de muchas partes de las zonas templadas y frías.

Sin embargo, si el carácter distintivo radica en la impenetrabilidad, en la imposibilidad de abrirse paso entre árboles de 8 a 12 pies de diámetro en grandes extensiones, entonces, la selva originaria pertenece exclusivamente a la zona tropical. Tampoco son siempre las lianas trepadoras, como a menudo se fabula en Europa, las que causan la impenetrabilidad. Estas lianas suelen constituir solo una pequeña parte del sotobosque. El principal obstáculo son los arbustos que llenan todo el espacio intermedio, en una zona donde todo lo que cubre el suelo adquiere un carácter leñoso.

Cuando los viajeros, apenas desembarcados en una región tropical, y más aún en islas, creen haber penetrado ya en selvas originarias al encontrarse cerca de la costa, surge esta confusión, probablemente, del ansia de cumplir un deseo muy anhelado. No todo bosque tropical es una selva originaria. Rara vez he utilizado este término en mis relatos de viajes, aunque considero que, junto con Bonpland, Martius, Pöppig, Robert y Richard Schomburgk, soy uno de los naturalistas que más tiempo ha vivido en el interior de grandes selvas originarias de un continente.

A pesar de la notable riqueza de la lengua española en términos descriptivos de la naturaleza, una misma palabra, como "monte", se utiliza tanto para montaña como para bosque, tanto para cerro (montaña) como para selva. En un trabajo sobre la verdadera amplitud y la mayor extensión de la cordillera de los Andes hacia el este, he mostrado cómo ese doble significado de la palabra "monte" ha dado lugar a que un hermoso y muy difundido mapa inglés de Sudamérica cubra llanuras con altas cadenas montañosas. Y donde el mapa español de La Cruz Olmedilla, que ha servido de base a tantos otros,

indicaba bosque de cacao, montes de cacao, han surgido cordilleras, aunque el árbol del cacao solo crece en las zonas más bajas y cálidas.

Si, de un vistazo, se contempla la región boscosa que abarca toda Sudamérica entre las llanuras herbáceas de Venezuela (los Llanos de Caracas) y las pampas de Buenos Aires, entre los 8° de latitud norte y los 19° de latitud sur, se reconoce que esta *Hyläa*[1] continua de la zona tropical no tiene parangón en el planeta en cuanto a su extensión. Tiene aproximadamente doce veces la superficie de Alemania. Atravesada en todas las direcciones por ríos cuyos afluentes y tributarios de primer y segundo orden, a menudo, superan en caudal a nuestro Danubio y nuestro Rin, debe la extraordinaria exuberancia de su vegetación arbórea a la doble influencia beneficiosa de una gran humedad y calor. En la zona templada, especialmente en Europa y el norte de Asia,

1 Hyläa (del griego hyle, bosque), fue el nombre que Alexander von Humboldt le dio a la inmensa selva originaria ubicada en la cuenca de los ríos Amazonas y Orinoco. Este término aún se utiliza, a veces, para referirse a la región del bosque tropical que se extiende desde los Andes hasta el Océano Atlántico, y desde los nacientes del Orinoco hasta el borde de la meseta brasileña.

se pueden denominar los bosques según los tipos de árboles que, como plantas gregarias (*plantae sociales*), crecen juntos y forman bosques específicos. En los bosques de robles, abetos y abedules del norte, en los bosques de tilos del este, suele dominar una sola especie de amentáceas, coníferas o tiliáceas; a veces, una especie de conífera se mezcla con árboles tiliáceos. Tal uniformidad en la composición es ajena a los bosques tropicales. La inmensa diversidad de la flora arbórea, llena de flores, prohíbe preguntar de qué están compuestos los bosques primitivos. Aquí se aglomeran innumerables familias; incluso en pequeños espacios, rara vez, se encuentran especies similares juntas. Cada día, con cada cambio de lugar, se presentan al viajero nuevas formaciones, a menudo, flores que no puede alcanzar, aunque ya la forma de las hojas y las ramificaciones captan su atención.

Los ríos, con sus innumerables afluentes, son las únicas vías de comunicación en esta región. Observaciones astronómicas o, en su ausencia, mediciones con brújula de las curvas fluviales han demostrado repetidamente, entre el Orinoco, el

Casiquiare y el Río Negro, cómo a pocos kilómetros de distancia se encuentran dos solitarios pueblos misioneros, cuyos monjes tardan día y medio en visitarse siguiendo las curvas de pequeños arroyos en canoas talladas en un tronco. Pero la prueba más evidente de la inaccesibilidad de ciertas partes del bosque la da la existencia del gran tigre americano o jaguar. Mientras que la introducción del ganado europeo, caballos y mulas ha proporcionado abundante alimento a los depredadores en los llanos y pampas, en las vastas praderas sin árboles de Barinas, el Meta y Buenos Aires, y ha incrementado notablemente su número desde el descubrimiento de América en su lucha desigual contra los rebaños, otros individuos de la misma especie llevan una vida penosa en la espesura de los bosques, cerca de las fuentes del Orinoco. La dolorosa pérdida de un gran perro de raza dogo (nuestro más leal y amistoso compañero de viaje) en un campamento cerca de la desembocadura del Casiquiare en el Orinoco nos llevó, inseguros de si había sido destrozado por un jaguar, a pasar la noche en el mismo lugar donde lo habíamos buscado en vano durante mucho tiempo. Nuevamente oímos, muy cerca, los rugidos de los

jaguares, probablemente, los mismos a los que atribuimos el acto. Dado que el cielo nublado impedía cualquier observación estelar, pedimos al intérprete (lenguaraz) que repitiera lo que los indígenas, nuestros remeros, decían sobre los jaguares de la zona.

Entre ellos no es raro encontrar al llamado jaguar negro, la variedad más grande y sanguinaria, con manchas negras apenas visibles sobre un pelaje marrón oscuro. Vive al pie de las montañas Marahuaca y Unturán. "Los jaguares", contaba un indígena de la tribu de los durimunder, "se pierden por su ansia de extraviarse en la selva y su codicia de presa en partes tan impenetrables del bosque que no pueden cazar en el suelo y, como son un terror para las familias de monos y los vivérridos con cola prensil (Cercoleptes), viven mucho tiempo en los árboles."

Mis diarios en alemán, de donde tomo esto, no han sido completamente volcados en mis relatos de viajes publicados en francés. Contienen una descripción detallada de la vida animal nocturna o, mejor dicho, de las voces nocturnas de los animales en las selvas tropicales. Creo que esta descripción es

adecuada para ser incluida en un libro titulado: *Ansichten der Natur* [Cuadros de la naturaleza]. Lo que se escribe en presencia de los fenómenos o poco después de recibir las impresiones puede, al menos, aspirar a una frescura vital mayor que el eco de un recuerdo tardío.

Navegamos de oeste a este por el río Apure, cuyas inundaciones mencioné en el ensayo sobre los desiertos y las estepas, hacia el cauce del Orinoco. Era época de aguas bajas. El Apure tenía apenas 1200 pies de ancho promedio, mientras que el Orinoco, en su confluencia con el Apure (cerca de la roca granítica de Curiquima, donde pude establecer una línea base), medí un ancho superior a los 11,430 pies. Sin embargo, este punto, la roca Curiquima, está en línea recta a unas cien millas geográficas del mar y del delta del Orinoco. Parte de las llanuras que atraviesan el Apure y el Payara están habitadas por tribus de yaruros y achaguas. En las aldeas misioneras de los monjes, se los llama salvajes porque desean vivir de forma independiente. Sin embargo, en cuanto a su nivel de rudeza moral, no se diferencian mucho de aquellos que, bautizados y "unter

der Glocke" (bajo la campana), permanecen ajenos a toda enseñanza y educación.

Desde la Isla del Diamante, donde los zambos hispanohablantes cultivan caña de azúcar, se ingresa a una naturaleza vasta y salvaje. El cielo estaba lleno de innumerables flamencos (Phoenicopterus) y otras aves acuáticas que, como un oscuro enjambre de contornos siempre cambiantes, se destacaban contra la bóveda azul del cielo. El cauce del río se estrechaba hasta los 900 pies de ancho y formaba un canal perfectamente recto rodeado de una densa selva en ambas orillas. El borde del bosque ofrecía una vista poco común. Frente a la casi impenetrable pared de gigantescos troncos de Caesalpinia, Cedrela y Desmanthus, se alzaba en la orilla arenosa del río una pequeña cerca de Sauso, de una regularidad sorprendente. Medía apenas 4 pies de altura y estaba compuesta por un pequeño arbusto, Hermesia castaneifolia, que constituye un género nuevo dentro de la familia de las Euforbiáceas. Algunas delgadas palmas espinosas, llamadas por los españoles Piritu y Corozo (tal vez especies de Martinezia o Bactris), se encontraban próximas al cerco. En conjunto,

parecía una reja de jardín recortada, interrumpida ocasionalmente por aberturas a modo de puertas. Los grandes animales del bosque indudablemente habían creado estas aberturas para acceder al río con facilidad. Desde allí, sobre todo al amanecer y al atardecer, el jaguar, el tapir y el pecarí (Pecari, Dicotyles) salían para llevar a sus crías a beber agua. Si eran perturbados por una canoa indígena al pasar, no intentaban atravesar violentamente la cerca de Sauso, sino caminaban lentamente entre la cerca y el río durante 400 o 500 pasos antes de desaparecer por la siguiente apertura. Durante los 74 días de navegación prácticamente ininterrumpida, recorriendo 380 millas geográficas en el Orinoco, el Casiquiare y el Río Negro en una estrecha canoa, presenciamos este espectáculo en múltiples ocasiones, siempre con renovado encanto.

Animales de diversas clases se agrupaban para beber, bañarse o pescar. Entre los grandes mamíferos se encontraban garzas multicolores, pavas cornudas (Palamedea) y gallinetas de monte que avanzaban con arrogancia (Crax alector, C. pauxi). "Esto parece el paraíso, es como estar en el paraíso", exclamó con

expresión piadosa nuestro timonel, un viejo indígena criado en la casa de un sacerdote. Sin embargo, la dulce paz de una edad dorada no reina en el paraíso de la fauna americana. Las criaturas se vigilan, se evitan y se cazan. El capibara, un roedor acuático de 3 a 4 pies de largo, similar a un conejillo de indias (Cavia aguti), es devorado por el cocodrilo en el río y por el jaguar en la tierra. Corre tan mal que, en varias ocasiones, logramos alcanzar y capturar algunos ejemplares de las numerosas manadas.

Bajo la misión de Santa Bárbara de Arichuna, pasamos la noche, como de costumbre, al aire libre, en una playa de arena junto al Apure. El lugar estaba delimitado por la selva cercana e impenetrable. Fue difícil encontrar madera seca para encender fogatas, indispensables según la costumbre local para proteger los campamentos de los ataques de jaguares. La noche era de una humedad suave y estaba iluminada por la luna. Varios cocodrilos se acercaron a la orilla. Creo haber observado que el fuego los atrae, al igual que a nuestros cangrejos y otros animales acuáticos. Las palas de remo de nuestra canoa se clavaron cuidadosamente en el suelo para sujetar

las hamacas. Reinaba una calma profunda; solo se oía, de vez en cuando, el resoplido de los delfines de agua dulce, característicos del sistema fluvial del Orinoco, al igual que los del Ganges, según Colebrooke, en su recorrido hasta Benarés.

Después de las 11 de la noche, un estruendo cercano en el bosque nos impidió dormir el resto de la noche. Gritos salvajes de animales resonaban en la selva. De entre las muchas voces que sonaban simultáneamente, los indígenas solo pudieron identificar aquellas que se escuchaban aisladas tras breves pausas. Eran el monótono aullido lastimero de los aulladores (Alouatta), el tono agudo y trémulo de los pequeños monos sapajou, el ronroneo del mono nocturno (Nyctipithecus trivirgatus, que describí allí por primera vez), los rugidos entrecortados del gran jaguar, el puma o "el león americano sin melena", el pecarí, el perezoso y una multitud de loros, pavas (Ortalidae) y otras aves parecidas a faisanes. Cuando los jaguares se acercaban al borde de la selva, nuestro perro, que ladraba sin cesar, buscaba protección bajo las hamacas. A veces, los gritos de los jaguares provenían de lo alto de un árbol,

siempre acompañados por los silbidos lastimeros de los monos que intentaban escapar de este inesperado ataque.

Si se pregunta a los indígenas por qué en ciertas noches hay un alboroto tan persistente, responden con una sonrisa: "Los animales disfrutan de la hermosa luz de la luna; celebran la luna llena". A mí, la escena me pareció un combate animal fortuito, prolongado y gradualmente intensificado. El jaguar persigue a los pecaríes y tapires, que, apretados unos contra otros, rompen el matorral arbóreo que obstaculiza su huida. Asustados por esto, los monos, desde las copas de los árboles, mezclan sus gritos con los de los animales más grandes. Despiertan a las aves que anidan en comunidad y así, poco a poco, toda la fauna se agita.

Una experiencia más prolongada nos ha enseñado que no siempre es "la celebrada luz de la luna" la que perturba la calma del bosque. Los sonidos eran más intensos durante una fuerte lluvia o cuando un relámpago iluminaba el interior de la selva, acompañado por un trueno ensordecedor. El bondadoso

fraile franciscano, que llevaba meses enfermo de fiebre y nos acompañó a través de los raudales de Atures y Maipures, hasta San Carlos de Río Negro, en la frontera con Brasil, solía decir, cuando temía una tormenta al caer la noche: "¡Que el cielo conceda una noche tranquila, tanto a nosotros como a las bestias salvajes del bosque!".

Las escenas naturales que describo aquí y que, a menudo, se repetían para nosotros contrastan de manera sorprendente con el silencio que reina en los trópicos al mediodía de un día excepcionalmente caluroso. Tomo del mismo diario un recuerdo de las angosturas del Baraguan. Ahí, el Orinoco abre su paso a través de la parte occidental del macizo de Parima. Lo que se llama, en este notable paso, la angostura del río (Angostura del Baraguan) es un estanque de agua que aún tiene 890 toesas (5,340 pies) de ancho. Aparte de un viejo tronco seco de aubletia (Apeiba tibourbou) y una nueva apocinácea, Allamanda salicifolia, apenas había algunos arbustos plateados de croton en la roca desnuda.

Un termómetro, observado a la sombra, pero colocado a unas pocas pulgadas de la masa de granito de los peñascos en forma de torre, marcaba más de 40° Réaumur. Todos los objetos distantes tenían contornos ondulantes, una consecuencia del espejismo (*mirage*). No se movía ni la más leve brisa para levantar el polvo arenoso del suelo. El sol estaba en el cenit y la luz intensa que derramaba sobre el río, reflejada en destellos por las suaves ondulaciones de la corriente, hacía aún más evidente el vapor rojizo que envolvía la lejanía.

Todos los bloques de roca y las piedras desnudas estaban cubiertos por una multitud de iguanas grandes y de gruesas escamas, lagartijas Gecko y salamandras de colores brillantes. Inmóviles, con la cabeza levantada y la boca abierta, parecían aspirar con deleite el aire caliente. Los animales más grandes se ocultaban en la espesura de los bosques; las aves, bajo el follaje de los árboles o en las grietas de las rocas. Sin embargo, si se presta atención, en este aparente silencio de la naturaleza, a los sonidos más débiles, se percibe un murmullo sordo, un zumbido y un revoloteo de insectos, cerca del suelo y en las capas inferiores del aire.

Todo anuncia un mundo lleno de fuerzas orgánicas en movimiento. En cada arbusto, en la corteza agrietada de los árboles, en la tierra suelta habitada por himenópteros, la vida se agita de manera sonora. Es una de las muchas voces de la naturaleza, perceptible para el alma devota y receptiva del ser humano.

BUCHWALD
EDITORIAL